

HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA

UNA EXISTENCIA TRANSFIGURADA



Hermano Yannick HOUSSAY, superior general

Diciembre 2006 n° 300

DIOS SOLO

I - Introducción	5
II - Respondemos a un llamado.	10
1) “Tú me has elegido”	10
a. <i>Nuestro primer llamado.</i>	10
b. <i>Reavivar el ardor de nuestra respuesta.</i>	11
2) “¡Heme aquí!”	13
a. <i>¿Qué esperas de nosotros, Señor?</i>	13
b. <i>El que ama conoce a Dios</i>	15
c. <i>Entrar en la oración de Jesús.</i>	16
III - Una existencia transfigurada.	18
1) Asidos por Cristo	19
a. <i>La mano de Cristo me toca.</i>	19
b. <i>Somos transformados en esta imagen.</i>	20
c. <i>Dejar decidir a Cristo.</i>	21
d. <i>Leer los signos de los tiempos.</i>	23
e. <i>Amar nuestra vocación</i>	24
2) Algunos escollos que evitar:	25
a. <i>Preferir nuestro propio querer a la voluntad de Dios.</i>	25
b. <i>Tener una visión demasiado conceptual del seguimiento de Cristo.</i>	28
IV - Creer en el Espíritu.	31
1) La unidad de vida.	32
2) La paciencia del cultivador.	34
3) La inteligencia de los “hombres sensatos”.	36
V - Una gracia recibida en la Iglesia.	39
1) La Palabra de Dios.	39
a. <i>Una escucha en el Espíritu.</i>	40
b. <i>Una escucha que transfigura.</i>	41
2) La Eucaristía.	42
3) María.	44
VI - Conclusión.	47

I - Introducción

Después del Capítulo general de marzo del 2006, estamos invitados a movilizarnos de nuevo para aportar un impulso nuevo a nuestra vida de Hermanos y a la misión que cumple hoy la congregación.

El Capítulo, en efecto, nos propone un camino para vivir al servicio de los jóvenes y de los niños, la “*vocación especial*”¹ de Hermano a la que hemos sido llamados. Caminaremos cada uno a nuestro paso, pero en gran comunión entre nosotros y con los Laicos, siguiendo a Jesús al estilo de nuestros Fundadores, especialmente de Juan María de la Mennais.

Caminaremos como peregrinos, con la luz del Señor, seguros de que el Espíritu Santo nos inspirará a nosotros y a cada una de nuestras comunidades.

¹ Vita Consecrata 14

Iniciaremos el camino con la mirada puesta en “*el icono de Cristo transfigurado*”² como nos invita la exhortación apostólica *Vita Consecrata* .

Únicamente nuestro Dios, en efecto, cuyo Amor es inefable, puede hacer nacer la vida y el amor en cada uno de nosotros y en el seno de nuestras comunidades. Llevando en nuestro corazón a toda la congregación, más allá de la situación en la que cada uno se encuentre, entramos en comunión con Juan María de la Mennais, que escribía: “Oh pobre alma mía, ¿cuándo serás bautizada en el Espíritu Santo?”³ ¿Cuándo nos dejaremos verdaderamente transformar por el Espíritu para ser, en la Iglesia, presencia de Cristo que salva a los niños y jóvenes?

Pongámonos en camino, juntos, fijando nuestra mirada en la estrella que nos guía hacia el lugar del verdadero principio.

Las circulares que les envíe serán, guardando las distancias, como el pan y el agua para el camino, que Elías recibió para proseguir la marcha a invitación del Señor. Les compartiré lo que me habita, sin otra pretensión que la de invitar a la reflexión sobre nuestra vida, en la oración y el diálogo fraterno, con el fin de responder con todas nuestras fuerzas y toda nuestra fe al llamado que Dios nos hace. Dejarán, entonces, hablar al Espíritu e inspirarles el camino de la paz.

Esta primera carta, bajo un título tomado de *Vita Consecrata* (n° 35), es una modesta reflexión alrededor de lo que constituye el corazón de la vida consagrada, y por consiguiente el corazón de cada bautizado. Los laicos podrán beber de ella si se sienten llamados. Sin embargo, los Hermanos son los primeros tenidos en cuenta en estas páginas. Me dirijo más directamente a ellos, apoyándome en este pasaje de *Vita Consecrata*: “*El hecho*

² V.C. 14

³ Memorial 71

*de que todos sean llamados a ser santos no puede más que estimular a aquellos que en razón de su opción de vida, tienen la misión de recordárselo a los demás.”*⁴. Otras cartas estarán dirigidas a los Laicos menesianos.

Estamos llamados, como Hermanos, a seguir a Cristo más de cerca, a dejarnos configurar con Él por el Espíritu, según el carisma de la congregación. Es en el corazón de esta “experiencia de Dios” donde nuestra existencia es “transfigurada” y donde se realiza nuestra “comunidad fraterna”.

Les invito a dirigir su mirada hacia la “meta”, hacia Jesús al que hemos decidido seguir. En el misterio de su presencia y de su amor se encuentra la verdadera y refrescante Fuente de Vida.

A invitación de nuestro fundador interroguémonos, y, si es necesario, decidámonos de nuevo a imitar a Cristo y sigámosle solo a Él. ¡Los tiempos están cumplidos! ¡El Reino de Dios está cerca! Si no cambiamos, si no nos dejamos transformar por el Espíritu, ¿quién profetizará? Sí, “*Dejemos todo, vayamos a Jesús.*”⁵

¿Cómo podremos ser fieles a nuestra misión de educación y evangelización de los jóvenes y de los niños si no hacemos con determinación la opción de seguir a Cristo como los apóstoles? Como ellos hemos recibido la llamada “*de hacer de él el centro de nuestra vida*”⁶.

No podemos evangelizar y educar a los jóvenes en nombre de Jesús si nosotros no somos transformados por su Espíritu. ¡Dejándonos evangelizar por Cristo, es como nosotros evangelizaremos! Amando de verdad, es como invitamos al amor

⁴ V.C. 39

⁵ Memorial 71

⁶ V.C. 15

verdadero. ¡Viviendo humildemente, llamamos a vivir sin buscar la vanagloria! Nuestro ejemplo es el más eficaz de los discursos.

¡Es así como haremos discípulos de Jesús a aquellos que nos son confiados!

“¡Hermanos míos! Vuestra gloria, entiéndanlo bien, es hacer cristianos de estos niños, que sin vosotros, no lo serían nunca; a estos niños que no podrían serlo si vosotros no se lo enseñarais, no tanto con vuestros discursos, sino por vuestros ejemplos, a ser humildes de corazón...”⁷

Los jóvenes tienen necesidad de la Esperanza para mirar el porvenir con confianza, un porvenir iluminado por el Amor con que Dios les rodea. *“Quien pierde la fe sufre de arritmia cardíaca, pero la fe puede ser reencontrada. Quien pierde el amor sufre un infarto: es grave, pero es reparable. Quien pierde la esperanza ha sufrido un paro cardíaco: esto es fatal”⁸* No es esto lo que decía ya Juan Pablo II: *“Existe en el mundo actual la necesidad apremiante de un testimonio profético que repose sobre la afirmación del primado de Dios y de los bienes futuros.”⁹*

Cuando uno espera los bienes que nos son dados gratuitamente por Dios, hacemos de nuestra vida una profecía para el mundo. ¿Quién mejor que Jesús puede aportar la Esperanza a nuestro mundo y especialmente a los jóvenes? Aportaremos esta Esperanza si nuestra existencia está transfigurada, como imagen viva de Cristo que acoge a los niños y les da su Amor y su Salvación.

Dejémonos, pues, conducir por Él ya que, en la fe, nos invita a hacer la misma “experiencia de Dios” que han hecho

⁷ S. VII 2331

⁸ Car Danneels, in Vies consacrées, 2006

⁹ Repartir de Cristo n° 8

Pedro, Santiago y Juan. Estos tres discípulos *“han gozado de la intimidad del Maestro, un momento, envueltos por el esplendor de la vida trinitaria y por la comunión de los santos,... como transportados a la eternidad”*. Después, *“de repente, puestos en la realidad cotidiana, no ven más que a “Jesús solo” en la humildad de la naturaleza humana y son invitados a volver al valle, para compartir sus esfuerzos en la realización del designio de Dios y retomar con valor el camino de la cruz”*¹⁰

Los invito pues, a renovar su mirada contemplativa sobre Cristo, fuente de nuestro “comienzo”, y promesa de los bienes venideros. Juntos podremos entonces proponer a los jóvenes el verdadero *“camino de la paz”* (Lc.1, 79).

A lo largo de estas páginas acogeremos esta llamada con fe renovada; nos interrogaremos sobre cómo estamos respondiendo hoy; descubriremos que Cristo no es en primer lugar Aquel a quien nos esforzamos en imitar, sino Aquel que nos convierte poco a poco en su imagen; buscaremos la mejor manera de comprender cómo dejarnos tocar por el Espíritu en nuestra vida diaria; acabaremos tomando conciencia de que no podemos seguir este camino de vigilancia, más que comiendo el pan cotidiano de su Palabra, dejándonos transformar por el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Cristo, en compañía de María nuestra madre.

¹⁰ V.C. 14

II - Respondemos a un llamado.

1) “Tú me has elegido”

a. Nuestro primer llamado.

Con mirada lúcida y vigilante sobre nuestra existencia preguntémosnos: ¿ Por qué hemos llegado a ser Hermanos? ¿Por qué o para Quién lo somos hoy? ¿Qué sentido tiene nuestra vida, para nosotros, ciertamente, pero también para los jóvenes y los adultos hacia quienes nos envía el Señor, y para Dios mismo?

Respondiendo a esta pregunta, imágenes, recuerdos, palabras nos vendrán a la memoria. Tomaremos conciencia de la llegada del Señor en diferentes momentos de nuestra existencia, y más especialmente, sin duda, en el momento en el que hemos tomado la decisión de ser Hermanos.

Uno ama con mayor ardor su vocación, en la vida cotidiana, cuando ha hecho el esfuerzo de releer su vida en la fe, con la certeza de que Dios ha llegado hasta nosotros y nos ha tocado personalmente. Por eso, no nos preguntemos solamente cómo ha llegado a nuestro espíritu el deseo de ser Hermano.

Correríamos el peligro de quedarnos en una mirada superficial. Un camino de fe nos invita más bien a preguntarnos cómo el Señor ha intervenido en el curso de nuestra existencia, cómo nos hemos dado cuenta de su presencia, puesta su mano sobre nosotros y cómo le hemos respondido.

Su llegada, probablemente, ha sido discreta, dejando a nuestra libertad la alegría de despertarse al amor. La imagen de la brisa ligera que oyó Elías en su soledad nos viene bien para hablar de ella. Sin embargo, en la fe, reconoceremos entonces que el Señor nos ha amado, se ha acercado a nosotros, ha dirigido nuestro corazón para llevarlo al calor de su propio Corazón. Nos ha llamado por nuestro nombre y hemos sentido que nuestra vida tenía valor a sus ojos.

En los días de esta primera llamada, o cuando la invitación del Señor se ha hecho más presente, hemos “*gustado con delicia la abundancia de su gloria*”(cf. Is.66, 11). No comprendíamos suficientemente bien lo que esto llevaba consigo para nuestra vida, pero sentíamos que con Dios ésta toma una dimensión hasta entonces desconocida y que quisiéramos fuera definitiva. Nuestro corazón ha abierto sus puertas y se ha dilatado.

Si esta gracia no nos viene fácilmente a la memoria o si no captamos su fuerza, sobre todo no deduzcamos que, por eso, ella no existe o que es de poca importancia. Digamos más bien que su rastro se ha desdibujado con el tiempo. Y pidamos al Señor, con un corazón humilde y amante, que nos permita captar hoy, como él quiera, la belleza y la fuerza de su llamada.

b. Reavivar el ardor de nuestra respuesta.

Las preocupaciones de la vida, todo lo que nos impide entrar en nosotros mismos tan profundamente como desearíamos, las tareas de la misma misión pueden haber atenuado la percepción que teníamos de esta presencia del Espíritu. Incluso, quizá la duda ha venido a ensombrecer el destello de su luz interior. Motivaciones diferentes han podido, insensiblemente, tomar el lugar de las que estaban, sin embargo, muy presentes en nosotros, y han tratado de borrar su recuerdo.

Sin embargo muchos Hermanos podrían testimoniar que han tenido que decidir de nuevo ser Hermanos a los 30, 40 o 50 años, con ocasión de un retiro, al pasar por una prueba, durante un oración prolongada. Ese fue el momento de una decisión más fuerte que la primera, más madura sin duda, ya que “el test” al que nuestra fe ha estado sometida entonces, “*ha producido un aguante*” (cf Sant.1, 3). Es necesario haber sentido ese tiempo en su cuerpo y en su alma, como un momento decisivo donde se ha renovado la elección firme y consciente de seguir a Jesús, suceda lo que suceda. La respuesta se convierte entonces en un acto total de abandono: “Sí, verdaderamente soy todo tuyo”. Una alegría y una paz profunda penetran todas las fibras de nuestro ser. Haciendo la experiencia de nuestra fragilidad en lo más profundo de la llamada recibida, entramos en los sentimientos de Pedro, entristecido de escuchar por tercera vez la pregunta de Jesús: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” Con él respondemos: “*Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo*”. (Jn 21, 17)

Cuando queremos ser los amos de nuestro destino, por el contrario, cerramos las puertas de nuestro ser al Espíritu. Entonces se difumina o incluso se borra la conciencia de nuestra vocación. ¡Todas las justificaciones y las motivaciones nos parecen buenas para desentendernos de nuestras decisiones personales que no están ya fundadas en Dios solo! Nos hemos enriquecido. ¡Nos ha parecido imposible entrar en el Reino por la

puerta estrecha! Nuestro corazón está cerrado. No soporta más caminar “hasta la cruz” con Jesús.

Si Cristo Jesús no es el tesoro de nuestra vida, ¿cómo podemos ser seducidos hasta el punto de darlo todo: el pasado, el presente, el porvenir?

No dejemos que el fuego se apague. El sólo nos pide que nos repongamos. Recordemos que un día Jesús vino y nos habló al oído: “Si quieres, ven, sígueme. Yo haré de ti un educador de jóvenes. Irás hacia ellos en mi Nombre. En mi Nombre tú les enseñarás el amor que yo les tengo. Y en mi Nombre irás a buscar la oveja perdida, por la que yo he muerto en la cruz. Si quieres... Déjame hacer. Vete y haz lo que te digo.”

Cada uno ha podido oír a Jesús hablarle así; cada uno en su lengua ya que nos conoce por nuestro nombre. Hoy, ¿cuál es nuestra respuesta?

2) “¡Heme aquí!”

a. ¿Qué esperas de nosotros, Señor?

“Me parece que nuestro tiempo es todavía el del silencio, la escucha y la reflexión. De momento, lo que cuenta no es saber lo que tenemos que hacer, sino comprender lo que Dios espera de nosotros. Es cuando “la palabra del Señor es rara” (1 Sam.3, 1) que los profetas son movilizadas”¹¹

Tenemos la descarada costumbre de acusar, antes que ponernos en causa. ¡Es tan fácil! Con el Señor, sin confesarlo,

¹¹ Giamberto Pegoraro, Congregación San José de Murialdo

hacemos lo mismo. Nos entregamos a medias, pero por el contrario fácilmente le reprochamos que no se ocupa, verdaderamente, de nuestros asuntos como lo ha prometido. ¿Hemos hecho, pues, la elección de trabajar por su Reino o por el nuestro? ¿Lo buscamos a Él o nos buscamos a nosotros mismos? Sin embargo es fiel quien nos ha salvado. ¿No será que somos nosotros quienes lo hemos olvidado?

Quisiéramos tener una clara visión de lo que nos hace falta hoy. Nos gustaría conocer bien el modo de renovarnos en profundidad, personalmente y también en nuestra manera de vivir la comunidad y en el ejercicio incluso de nuestra misión. Nos gustaría poder gozarnos a la vista de los frutos de nuestras obras. Ahora bien, , a menudo, estos no son visibles y nos lamentamos: “*¡El Señor me ha abandonado, mi Señor me ha olvidado!*” (cf. Is.49, 14). Ciertamente, conocemos su respuesta: “*La mujer, ¿olvida a su criatura? ¿Se olvida de mostrar su ternura al hijo de sus entrañas? ¡Incluso si ella se olvidara, yo no te olvidaré! He aquí que te he grabado en la palma de mis manos...*” (Is.49, 15-16). Hemos mirado atentamente y ningún signo parece anunciar la esperada primavera.

Nos asalta la pregunta: ¿Qué debemos hacer? ¿Olvidamos que deberíamos más bien preguntarnos qué es lo que Dios espera de nosotros? Es necesario cambiar de perspectiva, poner nuestra mirada en Cristo, escucharle en silencio amoroso.

Sólo “*los que tienen un alma de pobre*” (Mt. 5, 3) pueden comprometerse sin temor, en un camino que conduce ciertamente a la cruz. Sólo estos pueden revivir hoy lo que han vivido en el entusiasmo de su juventud: “*Dejando sus redes le siguieron*”. (Mt. 4, 20)

“*Lo que nos falta es una experiencia de Dios, suficientemente fuerte como para sostener nuestro proyecto de*

*vida y obrar de tal modo que dé fruto. Es una crisis de arraigo y de radicalidad. Sin la experiencia de lo sagrado y del absoluto, sin una inmersión en las fuentes primeras de la realidad, la vida religiosa se vacía de su sentido. Dicho de otra manera, lo que nos falta es la experiencia del Espíritu, una presencia ahogada por las costumbres,...*¹²

b. El que ama conoce a Dios

Nuestra vida religiosa de Hermano no encontrará su irradiación, para nosotros y para los que nos vean vivir, más que si entramos en el misterio de una vida marcada por la Pascua de Cristo. Es necesario pues, “*avanzar mar adentro*”. (Lc. 5, 4)

Como una ventana abierta a la eternidad, nuestro corazón se abrirá al Espíritu, que hoy nos inspira las palabras de Jesús: “¿Lo sabes? ¡Estoy aquí, cerca de ti. Estoy en ti! ¡Vales mucho a mis ojos! Yo te envío. Mira a esos niños que tienen hambre, a esos jóvenes desorientados. ¿No sabes que yo los amo? ¿No sabes que he venido a salvarlos? Si tú quieres, tú los salvarás en mi Nombre. Si tú crees, si tú amas verdaderamente, tú los curarás en mi Nombre.”

Una llamada como ésta no puede ser escuchada en el tumulto de un corazón aturdido y entristecido por la amargura o la decepción. Es en el amor hecho obra, en la acogida incondicional y respetuosa del otro, en la mirada puesta en los acontecimientos como lugar del encuentro con el Amor de Dios, donde el corazón es capaz de discernir los signos del Espíritu. ¿Cuántas veces esta brisa ligera ha llegado a nuestros oídos y

¹² Padre Lorenzo Prezzi, director de Il Regno, a los superiores mayores

nosotros no la hemos percibido a causa de la cerrazón de nuestro corazón?

Tenemos necesidad de encontrar el camino del silencio y del amor fraterno, un silencio habitado por la fe y por un amor que no juzga y que es compasivo, un silencio que nos mantiene despiertos y atentos. ¡Las palabras que no construyen la fraternidad matan la comunión, adormecen nuestra vigilancia, nos alejan de la misión! Un corazón que escucha es un corazón que ama y procura la paz. Recordemos que nuestra Regla de Vida nos llama a un “amor preferencial”¹³ por el Señor. Nos invita a cada uno a centrar “*su vida en Dios que le invita a andar en su presencia en paz interior, fruto de la pureza de corazón.*”¹⁴

c. Entrar en la oración de Jesús.

Si hay un tiempo privilegiado para dejarnos transformar por la fuerza del Espíritu que nos hace “contemporáneos de Cristo”, es el tiempo de la meditación diaria. Oigamos de nuevo este consejo de Juan María de la Mennais. “*No abrevien nunca, bajo ningún pretexto, la meditación, pues de todos vuestros ejercicios, es el más necesario...*”¹⁵

Para nuestro fundador, la “meditación” es el momento de estar frente a frente con Cristo. Juan María, tan activo, tan deseoso en hacer la voluntad de Dios en su vida diaria, no podía dejar de lado este intercambio silencioso, este diálogo amoroso, con el Señor. No la omitamos nunca. Tengamos mucho cuidado en mantener todo lo que da a este tiempo precioso, un carácter de

¹³ Dir. 36

¹⁴ Dir. 79

¹⁵ Regla de 1823

intimidad con el Señor. Velemos para que conserve su fuerza interior, su despojo, su belleza, su combate también. Escuchemos a Jesús decirnos, como a los tres discípulos que había invitado a contemplarle en su transfiguración, pero que no habían podido estar con él en oración en el momento de su agonía: “*Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora conmigo? Velen y oren para no caer en la tentación: el espíritu es fuerte, pero la carne es débil.*” (Mt 14, 37-38)

¿Por qué tenemos tanta dificultad en permanecer así a la espera del Señor? ¿No podemos unirnos a la oración de Jesús, ir con Él a Getsemaní, permanecer así, como un amigo permanece junto a su amigo en el momento de la prueba? ¿Nos falta un poco de “buena voluntad” para dejarle abrir nuestro corazón a la admiración del suyo, llevando a esos niños y jóvenes tan amados por Él?

Que esos 30 minutos de comunión profunda con Jesús, a la escucha de su Corazón sean fervorosos. Permanezcamos con Él y susurremos: “*¡No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres!*” (Mt 14, 36). Permanezcamos en un Amor que envuelva al mundo, Esperanza de salvación, Paz para los hombres de buena voluntad.

Así, a la llamada que el Señor dirige hoy a cada uno, de una manera nueva, es el mismo Jesús quien responderá: “Heme aquí, Padre, para hacer tu voluntad. Te doy toda mi vida por la salvación de los niños y jóvenes, y para tu gloria. Con mis Hermanos, he aquí mi vida. Toda para ti.”

III - Una existencia transfigurada.

Hemos sido llamados. Hemos respondido sí. Hemos decidido seguir a Cristo. Hoy estamos en este camino desde hace pocos años, o desde hace ya mucho tiempo.

¿Qué hemos hecho del tesoro que el Señor nos ha confiado? ¿Lo hemos enterrado, o lo hemos hecho fructificar? O más fundamentalmente, nuestra vida, lo que hacemos, ¿es verdaderamente por Cristo? ¿Está Él, ciertamente, en el centro de nuestra existencia, o hemos construido poco a poco nuestro universo sin Él? En definitiva, somos como el joven rico e, inquietos, preguntamos al Señor: “¿Qué debo hacer, Señor, para cambiar de vida y decidirme, al fin, a seguirte?”

Sabemos lo que Jesús nos dice: “*Aún te falta una cosa: todo lo que tienes, véndelo y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; después, ven y sígueme*” (Lc.18, 22). ¿Hemos hecho eso ya!, o por el contrario, ¿no hemos retomado lo que habíamos entregado? ¿No estamos rodeados, de nuevo, de esas riquezas que habíamos decidido abandonar?

¿Podemos oír esta palabra de nuestro fundador? “*¡Paz a ustedes, hombres de buena voluntad! Serán de Dios en el tiempo, y él les dará el céntuplo de lo que hayan dejado por él. Paz a ustedes en la eternidad, en la Sión santa, donde estarán rodeados de todos los niños que ustedes habrán llevado allí, y que mezclando sus voces a las de los ángeles harán resonar en los cielos ese bello cántico: Paz eterna, alegría a los hombres de buena voluntad: ‘Pax hominibus bonae voluntatis’* “ (cf Lc.2, 14).¹⁶

1) Asidos por Cristo

a. La mano de Cristo me toca.

“*Re-partir de Cristo, significa proclamar que la vida consagrada es una “Sequela Christi” especial, memoria viva del modo de existencia y de acción de Jesús como Verbo encarnado con relación a su Padre y a sus hermanos. Esto conlleva una comunión de amor particular con Él... Se trata de una gracia especial de intimidad... de una vida ‘asida por Cristo’, que la mano de Cristo toca, que su voz me alcanza, que su gracia me sostiene*”¹⁷

¿Cómo describir mejor la existencia transfigurada en Cristo, que es la nuestra? Es “una gracia especial de intimidad”, “una comunión de amor con él”, una vida “*tocada por la mano de Dios*”. No es el resultado de una acción exterior a nosotros mismos e independiente de nuestra propia voluntad. Es una

¹⁶ S. VII, 2376

¹⁷ Repartir de Cristo n° 22

acción que nos transforma, como la arcilla entre las manos del alfarero, pero que exige nuestra adhesión libre, voluntaria, amorosa: “¡Heme aquí, vengo!” (Sal. 40, 8).

b. Somos transformados en esta imagen.

Seis días después de haber dicho a la muchedumbre y a sus discípulos reunidos: “*El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*” (Mc.8, 34). Jesús, tomó a Pedro, Santiago y Juan, los llevó a ellos solos a un monte elevado, nos dice Marcos. “*Y se transfiguró en presencia de ellos...*” (Mc.9, 2)

A la luz de la Palabra de Dios, es esclarecedor examinar más profundamente esta elección. Leyendo el Nuevo Testamento encontramos la palabra (métamorphoustai) en cuatro pasos. Aparece dos veces en los Sinópticos con ocasión de la transfiguración de Jesús, en el texto del evangelio de Marcos, citado anteriormente, y su paralelo en Mateo. Vuelve dos veces bajo la pluma de Pablo (2 Cor.3, 18 y Rom.12, 2) para hablar de la transformación del cristiano.

Anticipación del acontecimiento escatológico, cuando “*el Señor Jesucristo transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso*” (Fil.3, 21), esta metamorfosis del cristiano está magníficamente presentada por Pablo: “*Nosotros, en cambio con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados (metamorphoumeta) a su propia imagen, con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu*” (2 Cor.3, 18).

Esta transformación nos renueva en profundidad y hace de nosotros hijos del Padre. El Espíritu es el actor principal a través del sacramento del bautismo, recibido en la Iglesia. Toda la persona es transformada: llega a ser una criatura nueva. Pero nuestra adhesión a esta gracia debemos siempre renovarla. Pararse es aceptar el mundo viejo: una dramática vuelta atrás.¹⁸

Es necesario comprender que estamos tomados por Cristo. Todo cristiano está invitado a entrar en este misterio. Los religiosos lo están de un modo especial, ya que han sido elegidos para testimoniar que lo que será, para todos, en la eternidad, está ya presente. Estamos llamados a “*reflejar como en un espejo la gloria de Dios*”.

c. Dejar decidir a Cristo.

Llamados a imitar a Cristo, a dejarnos configurar a su imagen por el Espíritu, reconocemos el rostro de Jesús transfigurado en el del crucificado. Nos introduce en el corazón del misterio que circula en nuestro ser, cuerpo y alma, corazón e inteligencia.

Entonces, no buscaremos ya medios humanos, que a menudo, no son más que ilusiones. Pediremos al Espíritu del Señor que nos haga conocer y amar lo que conviene hacer para llegar a ser lo que somos por gracia.

Nos es verdaderamente necesario decidir dejar la iniciativa a Cristo que vive en nosotros. Existe, por ejemplo, un modo de ver el porvenir que no concede una confianza total en la Providencia de Dios, y que no deja a Dios sólo la decisión final

¹⁸ El discernimiento en los escritos de S. Pablo, Gérard Therrien, Gabalda, p.142

sobre nuestra vida. La mejor manera de preparar lo que debe ser el Hermano del mañana es vivir nuestra vocación hoy buscando reproducir el rostro de Cristo en medio de los niños y jóvenes. Dejemos el mañana en las manos de Dios. Actuar de otra manera, es correr el riesgo de imaginar un porvenir seductor, pero engañoso. Es el Señor, quien es el Maestro. Hoy respondemos a su llamado. Mañana nos dará su luz para discernir cuál es su voluntad. El porvenir de cada uno de los Hermanos y de la Congregación están en sus manos. No hay por qué inquietarse.

Decidamos no hacer nada sin Él, y Él no hará nada sin nosotros. Saber que cuando estamos cerca de los jóvenes, en clase, en catequesis, en tal o cual actividad de educación o de pastoral, en actividades de vacaciones, en el acompañamiento individual, no estamos allí más que por Cristo. Creer que es Él quien está presente, a través de nuestra presencia, y que nos precede Aquél que nos envía. Este es el secreto de la alegría verdadera para nosotros que hemos hecho de Cristo el único amor de nuestra vida.

Cuando la edad, la enfermedad, o simplemente la obediencia, parezcan alejarnos de la presencia educativa de los jóvenes, es necesario tenerlos más cerca de nuestro corazón. Entonces, cuando pensemos que no podemos aportar nada a esta tan bella misión, el Señor responde maravillosamente al corazón, que tiene sed de testimoniar su amor. Conocemos todos a Hermanos que han sido esos testigos hasta el agotamiento de sus fuerzas. Apoyándose en ejemplos de personajes de la Biblia, y especialmente el de Nicodemo, Juan Pablo II señala: *“Miembro estimado del Sanedrín, Nicodemo es un hombre anciano. Va de noche en busca de Jesús, para no llamar la atención... Encontraremos a Nicodemo en el momento del entierro de Cristo, cuando llevando una mezcla de mirra y áloe, vencerá al*

miedo y se afianzará como discípulo del Crucificado (cf. Jn.19, 38-40) ¡Qué testimonios tan reconfortantes! Nos muestran que en cualquier edad el Señor pide a cada uno aportar sus talentos. El servicio del Evangelio no es cuestión de edad.”¹⁹

d. Leer los signos de los tiempos.

Ciertamente no podemos, en todo momento, ser conscientes de la gracia de Cristo vivo en nosotros. Los tiempos de intimidad en la oración son encuentros personales con el Señor que nos hacen adquirir la certeza de fe que sin Él no somos nada. Es esto lo que en definitiva descubrimos, que es Él quien toca el corazón, que toma la mano del pequeño, que cura las heridas.

Hacer la relectura de su vida diaria, tomar un tiempo para la “*Lectio vitae*”, nos abre a la contemplación de la acción de Dios en nuestro interior. Le oímos a veces decirnos :”*¿No lo entienden todavía?*” (Mt.16, 9). Otras veces, por el contrario, somos como los apóstoles reunidos alrededor de Jesús, contándole las curaciones que hemos hecho en su nombre, y escuchamos entonces estas palabras: “*Alégrense de que sus nombres estén inscritos en los cielos*”(Lc. 10, 20)

Releer así nuestra vida, en acción de gracias, afina la mirada que dirigimos sobre nuestros Hermanos, sobre los Laicos, sobre los jóvenes, sobre la Iglesia y el mundo. De nuestra boca no saldrán entonces juicios estériles, e irradiaremos la paz que el Señor trae a sus discípulos reunidos en su nombre. “*Cuanto más completamente sean de Dios, más felices deberían ser y más lo*

¹⁹ Carta a las personas mayores, Juan Pablo II, 1999

serán: derramará sobre ustedes sus más gozosas y ricas bendiciones”²⁰

Seguir a Cristo es estar decidido a hacer con Él la obra que El hace, que inspira y realiza en el mundo. ¡No en su lugar! ¡Sino en su Nombre! Es tener un corazón que lata a su ritmo y que ame como el suyo.

e. Amar nuestra vocación

Contemplar a Jesús, mirarle con amor sobre la Cruz, reconocerle en la mirada de los jóvenes y de los adultos que nos rodean, sobre todo de los más heridos, actuar con Él para llevarles la salvación en su Nombre, ésta es la vocación del Hermano, hoy. Es la llamada que ha recibido. ¿Hay algo más hermoso?

El que duda de su vocación, ¿no duda de Jesús? Miremos a Pedro caminando sobre las aguas. Si no hubiera dudado de Jesús y de su poder de salvar ¿habría tenido miedo?

Conocer bien nuestra vocación, amarla, responder sin poner condiciones, sin mirar atrás, es poner nuestra mano en la mano de Dios y dejarle que nos transforme a su imagen. No juzgaremos del resultado. Es Dios quien se ocupa de ello.

Gracias a este constante poner nuestra vida en las manos de Dios, el corazón del Hermano gozará de gracias de luz y de fuerza, de las que tendrá necesidad cuando llegue el momento. Se realizarán maravillas según Jesús mismo ha prometido: *“En verdad en verdad les digo, el que crea en mí hará él también las*

²⁰ Juan María de la Mennais al Hno. Cipriano, 7 de diciembre de 1846

obras que yo hago: y las hará aún mayores, porque yo voy al Padre” (Jn.14, 12)

Dice también: *“La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos” (Jn.15, 8)*

2) Algunos escollos que evitar:

a. Preferir nuestro propio querer a la voluntad de Dios.

Es fácil decir que queremos seguir a Cristo, que le dejamos transformarnos, ¿pero lo hemos decidido verdaderamente? Cuando decimos que queremos hacer la voluntad de Dios, ¿le consultamos verdaderamente? Es una tema que toca a nuestro crecimiento espiritual.

Cómo comprender nuestros votos, y cómo vivirlos verdaderamente con gozo, si Cristo no está en lo más profundo de nuestras decisiones. Es el caso, por ejemplo, de un Hermano que recibe una nueva obediencia que no le agrada. Si no mira más que su interés, sin mirar a Aquél a quien ha entregado su vida, se expone a obedecer por obligación o a hacer todo lo posible para que la decisión se revise. No busca comprender, por medio del cambio propuesto, lo que Dios quiere de él. Tiene sus costumbres. Se encuentra bien. No ve por qué le piden ese cambio. Nace entonces la insatisfacción, la amargura y críticas más o menos veladas contra los que nos han pedido ese cambio.

La vida está hecha de situaciones concretas que ponen en juego las elecciones fundamentales de nuestra vida. Es entonces cuando podemos sentir si no buscamos verdaderamente más que la voluntad de Dios, o si nuestro corazón está dividido, si

estamos preocupados de nuestra propia gloria, de nuestras propias ideas o de nuestra tranquilidad. Sin juzgar a nuestros cohermanos - ¿quién puede decirse totalmente entregado a Dios? – vemos claramente, que así nos cerramos a la gracia del Espíritu y no encontramos la alegría de una verdadera libertad interior. ¿Cómo podría ser de otro modo ya que hemos elegido un estado de vida que no tiene por principio más que Jesús, y Jesús crucificado?

La tentación de decidir sin Cristo es constante. Tomar nuestros deseos por los deseos de Dios es una trampa en la que caemos fácilmente. Podemos mostrar gran generosidad para lo que nos gusta, pero sin comprometernos realmente, cuando la decisión tomada no nos conviene. Si la voluntad de Dios nos parece siempre fácil de hacer, quizá nos convenga preguntarnos si, de hecho, no estamos tratando de hacer nuestra propia voluntad.

El hecho de querer hacer el bien nosotros mismos, sin contar con los cohermanos, es un gran peligro para las comunidades religiosas de vida apostólica. ¿Quién puede decir que está totalmente libre de ello? ¡Tenemos la impresión, a veces, de estar en la verdad, incluso si somos los únicos, o casi, en pensarlo!

Tengamos, pues, siempre presente la dulce seguridad que nos da la Obediencia religiosa vivida en comunidad. Demos también gran importancia a la realización del proyecto comunitario en el que, a continuación, insertaremos todas nuestras elecciones. Que el superior organice, según las modalidades indicadas en la provincia, un tiempo de compartir y de discernir en común y que la comunidad se ponga de acuerdo sobre la manera de vivir según la Regla de Vida. Es una buena manera de vivir hoy en el seno de una comunidad que busca

verdaderamente hacer la voluntad de Dios, en la alegría, el diálogo y la confianza.

Se trata de que todos hagamos un esfuerzo por discernir los signos del Espíritu, por hacer “no nuestra voluntad, sino la del Señor” y así imitar a Cristo que se ha hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.

El Padre de la Mennais nos lo recuerda: para vivir así, *“necesitamos hombres sensatos que no se dejen conducir por el capricho, sino por reglas de fe... Que se les coloque aquí o en otro lugar, poco importa... Dios solo es su divisa”*²¹

*“Sean humildes, dóciles, pacientes y tendrán paz, serán bendecidos por Dios”*²²

*“Caminen con sencillez en la vía de la obediencia: vivan el presente, sin demasiadas prevenciones, y sin jamás querer otra cosa que lo que Dios quiere...”*²³

Y, como un eco, el P. Deshayes en el momento de su muerte, dirigiéndose a los Hermanos de San Gabriel, reunidos alrededor de él: *“Hermanos míos, en lo que yo he hecho, nunca me he propuesto más que la mayor gloria de Dios”*²⁴

Consejos que nos invitan a la sencillez, a la humildad, a la recta intención, como caminos seguros para estar, en el seguimiento de Cristo, alabanza de la gloria del Padre.

²¹ S. VII 2297

²² Juan María de la Mennais al Hno. Gérard, 23 de julio de 1842

²³ Juan María de la Mennais al Hno. Etienne-Marie, 12 de febrero de 1843

²⁴ Gabriel Deshayes, La Audacia de la Fe, Escritos y Palabras, p.383

b. Tener una visión demasiado conceptual del seguimiento de Cristo.

A quien seguimos no es un personaje imaginario o puramente intelectual. No es solamente el hombre Jesús de quien tenemos que reproducir los rasgos por nuestra sola voluntad. Es el Cristo, el Hijo bien-amado del Padre, muerto y resucitado por nosotros, vivo hoy en la Iglesia por el Espíritu Santo.

Jesús ha llamado a sus discípulos a su seguimiento. Se ha dirigido a hombres de su entorno, a quienes ha arrastrado detrás de él, que compartían su vida, escuchaban sus enseñanzas y se admiraban continuamente. Por su ejemplo, por su palabra, por sus actos, Jesús ha tocado su corazón y los ha formado. Algunos, desconcertados, le han dejado en el camino. De hecho, es en Pentecostés donde se juega todo. Llenos de luz y de fuerza, se convierten en discípulos de corazón ardiente y palabra de fuego.

Del temor, pasan a la audacia. Son ellos quienes nos han transmitido lo que han visto con sus ojos y lo que han oído. Su amor por Jesús es tan grande que lo han pagado con su vida.

Es muy importante, ciertamente, tener criterios de vida, fijarse objetivos. Es necesario, por ejemplo, conocer mejor las características de nuestro carisma menesiano, para seguir a Cristo al estilo de nuestro fundador. Pero todo eso debe ser visto por Hermanos cuyo corazón está totalmente inclinado hacia Cristo, dispuesto a dejarse transformar por Él.

Los Hermanos M. A. Merino y J. Olabarrieta lo dicen con claridad en la introducción al libro “Espiritualidad Menesiana”. Esta espiritualidad, dicen, “no puede vivirse más que en unión con Él, como camino, verdad y vida”. Añaden: “no debemos tanto hacer cosas por él, sino dejar que él haga en nosotros. No se trata ante todo de emprender, sino de corresponder al impulso,

que El imprime en nosotros, de consentir a su acción”.²⁵ Introduciéndonos por las diferentes “puertas” sugeridas por los Iconos, nos conducen así a una contemplación de Cristo como Juan María de la Mennais lo presentaba a sus Hermanos, según el don del Espíritu que le ha sido dado. Así, nuestros corazones son más maleables en las manos de Dios. Así, haciéndonos maleables en las manos de Dios, llegamos a ser discípulos de Jesús, al estilo de Juan María de la Mennais.

No se trata de un seguimiento de Jesús “como espiritualismo desencarnado, que hace vana la encarnación y la historia”, ni de una imitación de exacta de Cristo “*con una rigidez demasiado meticulosa en los comportamientos en la que se expresa*”²⁶. Es el Espíritu, con el sí de nuestra libertad y de nuestro amor, quien nos transfigura a su imagen.

Cada Hermano, feliz en su vocación, seguro de pertenecer a esta familia menesiana que ama, debe caminar paso a paso con Jesús, buscando discernir los signos de su presencia y sus llamadas, madurando sus elecciones apostólicas verificando su autenticidad en la oración y el compartir comunitario. Se deja ayudar por sus Hermanos, y en primer lugar por sus superiores. Escucha a los fundadores. Escucha a la Iglesia, a esta Iglesia a la que Juan María de la Mennais tanto quería. Entonces es Cristo quien vive en nosotros.

Seguir a Jesús es un itinerario construido en la intimidad de una relación personal con Él, con retrocesos, nuevos comienzos, días de oscuridad y días de luz.

“Ser cristiano no es copiar a Cristo en su dimensión histórica, exteriormente, pues cada persona es única, y única es su misión. Es dejar actuar en nosotros al Espíritu de Cristo, que

²⁵ Espiritualidad Menesiana, HH. M.A. Merino y J.F. Olabarrieta

²⁶ Diccionario de la vida espiritual, art. Seguir a Cristo, D.Mongillo

nos lleva a encarnar en nuestra propia existencia los sentimientos de Cristo Jesús... Llegamos a ser personas cuya vida revela claramente los rasgos de una intimidad con Cristo".²⁷

Dejemos, en este tema, la última palabra al Padre La Mennais: Para seguir a Jesús, es necesario *"estar en una continua dependencia del Espíritu de Dios, sin entristecerlo nunca; estar atentos a reconocer lo que pide de nosotros; consultarle a menudo; y, cuando estemos inciertos del partido que debemos tomar, rogarle con mayor ardor que sea la luz de nuestro corazón"*.²⁸

Seamos fieles a esta humilde oración de corazón a corazón con Jesús en la gracia del Espíritu. Los frutos se verán en nuestra manera de vivir la caridad creativa con los Hermanos, una gozosa disponibilidad a la voluntad de Dios, una irradiación en la que los jóvenes y adultos percibirán la fuente.

¿No es esto lo que el mundo necesita?, lo que *"espera ver (en la vida consagrada) como reflejo concreto de la manera de obrar de Jesús, de su amor por cada persona..."*²⁹

²⁷ Guido Stinissen, Carmelita, en el Cristo nuestra vida, cert.p.47

²⁸ Memorial, 15

²⁹ Repartir de Cristo nº 2

IV - Creer en el Espíritu.

La Regla de Vida es para nosotros un guía seguro que puede conducirnos a una perfecta docilidad al Espíritu. No nos cansamos de volver a ella.

Por nuestro compromiso en la vida religiosa, hemos declarado públicamente “someternos plenamente a la Regla de Vida”. Esta decisión, como lo dice el texto de nuestra profesión, tiene por único objetivo “*imitar a Cristo en su forma de vida, por la práctica de los Consejos evangélicos, y en su misión, por la educación cristiana de la juventud*”³⁰. Nos hemos comprometido así, delante de todos.

Toda nuestra vida es un camino de crecimiento, con éxitos y con fracasos, pero siempre sostenidos por la gracia de Dios. Sólo él, en definitiva, puede darnos esta santa bendición de irradiar en nuestro rostro los rasgos del Hijo único bien amado.

³⁰ Renovación de votos, Regla de Vida, p. 195

Nos permite hacer la unidad de nuestro ser. Nos enseña la gracia de la paciencia en la espera de su venida. Ilumina nuestra inteligencia y nuestro corazón para que seamos “hombres sensatos”.

1) La unidad de vida.

“La vida religiosa del Hermano, apostólica por su misma naturaleza, es un testimonio del absoluto de Dios y del triunfo del hombre, en Jesús Resucitado”³¹.

Nuestra unidad de vida, tan buscada, no se realiza más que en el sí total a Dios. El Hermano es apóstol en toda su vida y toda su vida está consagrada, ofrecida al Padre por Cristo. Este es por otra parte el sentido de la Eucaristía. Comulgar el Cuerpo de Cristo, es manifestar que nuestra vida es ofrenda. Si no, el culto está vacío de sentido. Participar en la Eucaristía compromete toda la vida en una unidad profunda. No participar en ella, es alejarse del sentido mismo de nuestra consagración religiosa.

Es el Espíritu quien realiza en lo más hondo de nosotros esta ofrenda perfecta. Si pensamos que no tenemos esta gracia de la unidad, si tenemos la impresión de estar perdidos entre tantas preocupaciones y actividades apostólicas, ¿no será porque la dimensión de la fe, que debe ser el fundamento de toda nuestra acción, está ahogada?. Si el actuar diario no nos conduce a Cristo, ¿es Él quien sobra? ¿No es más bien que sin nosotros quererlo, llevamos nuestra vida sin Él?

No se trata pues, en primer lugar, de buscar un justo equilibrio entre oración y acción, sino antes bien, de orientar todo nuestro ser hacia un solo fin, Cristo, a fin de “*conocer el amor de*

³¹ D 109

Cristo que supera todo conocimiento, para ser colmados por la Plenitud de Dios” (Ef.3, 9).

Bien entendido, la forma como planteamos el lugar de la oración en nuestra vida es una señal que no engaña. En relación con esto, escuchemos lo que dice Benedicto XVI: La “primera necesidad” para los sacerdotes es “*dejar la mayor parte de las cosas al Señor*”, recordaba a los sacerdotes de la diócesis de Albano en septiembre del 2006.

“Rezar es un trabajo pastoral, no es un tiempo sustraído a nuestra responsabilidad pastoral, sino que es justamente un trabajo pastoral el rezar, el rezar también por los demás...” recordaba. “La primera necesidad para todos nosotros, ha explicado el Papa, es reconocer con humildad nuestros límites y reconocer que debemos dejar la mayor parte de las cosas al Señor.”

Lo que es cierto para los sacerdotes lo es también para los religiosos. Un Hermano que reza es un Hermano que evangeliza. Su oración no le lleva a la soledad de una vida tranquila. Le lleva más bien, si es auténtica, a tomar parte en el trabajo de la cosecha, para la que los obreros son pocos. La oración le lleva en medio de los jóvenes para testimoniarles el fuego que le habita.

Y si no puede responder a los jóvenes, su oración evangeliza en el misterio de la comunión de los santos. Hablaremos más adelante de ello. ¿Qué sería de la fecundidad de nuestro apostolado sin la oración y la vida alegre de nuestros Hermanos mayores o enfermos?

Oración y evangelización se dan la mano, pues representan un mismo amor en acto. La acción que no me conduce a la oración no evangeliza pues no une en un mismo amor a Dios y lo que yo siento. La unidad de nuestra vida, a

imagen de la de Jesús, se encuentra en el Amor. ¡Amar a Dios y amar a su Hermano, es el mismo mandamiento! En la dinámica de la educación cristiana de los jóvenes, que es una de las formas de la caridad, podemos recordar las palabras de Benedicto XVI con relación al amor: *“La acción concreta permanece insuficiente si, en ella, el amor por el hombre no es perceptible, un amor que se nutre del encuentro con Cristo”*³².

Todo Hermano, cualquiera que sea su edad y su situación, si reza de verdad con sus Hermanos, y en el silencio de su corazón, sentirá en él la necesidad de evangelizar. A veces es difícil, en ciertos países, hablar explícitamente de Jesús. Sin embargo, esto no puede impedir al Hermano tener un gran deseo de hablar de Aquel a quien su corazón ama. No se puede poner la lámpara debajo del celémín, sin correr el riesgo de hacer desabrido su amor. Debe pues rezar para pedir al Espíritu que venga a hacer lo que él no puede hacer, o lo que no sabe hacer.

2) La paciencia del cultivador.

“El Reino de los cielos se parece a un hombre que echa su semilla en tierra: que duerma o que esté despierto, de noche y de día, la semilla germina y crece, sin saber como” (Mc 5, 26-29) Esta parábola es retomada en la carta de Santiago, como un eco: *“Tengan paciencia, hermanos, hasta que llegue el Señor. Miren cómo el sembrador espera el fruto precioso de la tierra sin impacientarse...”* (Sant. 5, 7)

¡Cuando el tiempo es corto hay que aprender a tener paciencia! Precipitándonos corremos el riesgo de tomar nuestros

³² Encíclica “Dios es amor

deseos por llamadas de Dios, obrar por motivos que no son los que Dios nos inspira.

El P. de La Mennais repetía con todo su corazón a los Hermanos para que tuvieran gran celo apostólico: “*No un celo tibio y lánguido, hoy tan corriente, sino un celo ardiente que no se apague nunca...*” Pero les pone inmediatamente en guardia: “*El celo demasiado a menudo se confunde con una especie de envidia contra el bien que uno no hace y de amor exclusivo por el bien que uno hace*”³³. Entonces las opciones no son ajustadas, el discernimiento es falso, la unión de corazones se envenena y se cae en un activismo estéril.

Un verdadero discípulo de Jesús desea ardientemente hacer lo que Él, Cristo, desea. Da su vida para hacer su voluntad en todo. Su corazón está despegado de sí mismo. No busca los éxitos para él mismo. No quiere más que a Dios en todo. ¡Dios sólo! No se impacienta si los frutos se hacen esperar.

El que es paciente sabe que lo que se ha sembrado germina en silencio. Está sereno. Su mirada está puesta en Cristo y no en él, sobre sus límites y sus fracasos. Existe el peligro, en efecto, de considerar demasiado los resultados de nuestras acciones. Incluso de las acciones que hacemos por el Señor.

Hoy, el Señor, espera de nosotros que tengamos un celo desbordado por el Reino, pero que como el sembrador, sepamos esperar el tiempo de la cosecha. A fin de cuentas, no somos más que sencillos servidores.

Bendigamos pues, “*la soberana voluntad de Dios que...permite que nuestros esfuerzos por el bien sean*

³³ S. VIII, 2402

contrariados... para convencernos...de que sólo a él pertenecen el poder y la gloria”³⁴

Esta es nuestra divisa: Dios Sólo, que nos invita a la vez al celo ardiente y al abandono amoroso en la fe y el amor. De una manera apropiada, la Regla de Vida asocia nuestra divisa a las cuatro actitudes que definen el espíritu de la congregación: ¡fe, caridad, abnegación y humildad! Vivamos así, haciendo todo lo posible, esperando con confianza y fervor que la tierra produzca su fruto.

3) La inteligencia de los “hombres sensatos”.

“Despiértate, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará” (Ef.5, 14).

Pablo trata aquí la cuestión del discernimiento de la voluntad de Dios. Invita a estar vigilantes. En nosotros, Cristo resplandecerá si sabemos discernir las llamadas del Espíritu. Por eso, no debemos dejarnos engañar por cualquiera que no tiene las luces del Espíritu o por falsas razones que nuestro propio espíritu pueda presentarnos: *“No se dejen engañar por falsas razones” (Ef.5, 6)*

Añade un poco más adelante: *“No sean irresponsables, sino traten de saber cuál es la voluntad de Dios” (Ef.5, 17).* Es de insensatos el no saber interpretar los signos del Espíritu. Pablo concluye: *“Siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef.5, 20)*

Tenemos la posibilidad de elegir, según Pablo, entre asociarnos *“ a las obras estériles de las tinieblas”* o bien, ser

³⁴ S. VIII, 2415

“*hombres sensatos*” que “*se entregan a la acción de la gracia*” (Ef.5, 5).

Es en la acción de gracias en efecto, en el canto y la alabanza a Dios “en todo tiempo” cuando la inteligencia se ilumina y se abre al juicio del Espíritu. Entonces podremos tomar las buenas decisiones y nuestra vida producirá los frutos esperados.

También para Juan María de la Mennais el acto del discernimiento reviste una gran importancia. Abordando el tema de la búsqueda de la perfección, señala la dificultad para muchos de captar el verdadero significado. “*Es necesario que mi fervor crezca, dice, que llegue a ser más fiel en imitar a Jesucristo y en seguir las inspiraciones de la gracia*”³⁵.

Pero constata que, a menudo, nos hacemos una falsa idea de esta perfección: “*se exalta la cabeza, se seca el corazón, se agota en sutilezas sin fin, uno se extravía en un laberinto que no tiene salida*”³⁶.

¿Qué regla debemos seguir para no ser “insensatos”, como nos exhorta San Pablo? Juan María de la Mennais responde: “*Nuestro juicio debe estar fundado no sobre razonamientos, sino sobre hechos.*”³⁷

Más que apoyarnos en “vanas razones” según la expresión de Pablo, debemos estar a la escucha de los “hechos”; es decir discernir los signos de la presencia y de la acción de Dios. Nuestra inteligencia debe mantenernos despiertos para interpretar los signos del paso de Dios en nuestras vidas, y no ocupados en elaborar consideraciones inútiles y estériles. San Pablo nos indica, otra vez más, el camino más seguro: Sí,

³⁵ S. VIII, 2485

³⁶ S. VIII, 2486

³⁷ S. VIII, 2487

“regocíjense en el Señor en todo tiempo... No se inquieten por nada... y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Ef.4, 4-7)

En definitiva, la capacidad para nosotros de seguir las inspiraciones de la gracia de Cristo, *“consiste en ser humildes, pequeños, sencillos en las manos de Dios; estar llenos de indulgencia y de caridad para con vuestros hermanos, estimándose uno, a sí mismo, como el último y el más imperfecto de todos; ... en hacer con amor, con sencillez y con una inalterable paz todo lo que está en el orden de la obediencia. ¡Sí! ¡Os turbáis por muchas cuestiones, por muchas cosas!... Abrid, ensanchad vuestra alma, y entonces Dios hará correr deliciosamente en ella un río de gracia, de luz y de paz”*³⁸.

³⁸ S. VIII, 2488-90

V - Una gracia recibida en la Iglesia.

1) *La Palabra de Dios.*

“De la misma manera que la lluvia y la nieve que descienden del cielo no vuelven sin haber regado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, así es la palabra que sale de mi boca: no vuelve a mí sin efecto, sin haber cumplido lo que quería y realizado el objetivo de su misión”. (Is. 5, 10-11)

La Palabra que sale de la boca del Padre, es Jesús, el Verbo de Dios, que ha venido a nosotros. Realiza lo que él dice, tanto si perdona los pecados como si cura a un paralítico. Su palabra es fecunda. No vuelve al Padre sin haber realizado su voluntad.

Es contemplando a Jesús, la Palabra encarnada, transformados por el Espíritu, lcomo legamos a ser hijos del Padre, imagen del Hijo bien-amado. *“Así, no hay para la oración*

cristiana más que un objeto de contemplación: la humanidad santa de Cristo”³⁹.

Debemos pues “comer” la Palabra, como uno se alimenta del pan eucarístico. No es este el lugar apropiado para desarrollar la manera como podremos realizar esta lectura creyente, esta *Lectio divina*. Hay Hermanos que hacen de ella una práctica regular. Pero sin duda debemos comprometernos en ella con más tiempo, y más ardor para que nuestra lectura de la Palabra nos ayude a comprender el misterio, nos abra a la contemplación y nos transforme.

a. Una escucha en el Espíritu.

Acojamos la Palabra y, entrando en su comprensión, abramos nuestra inteligencia y nuestro corazón a la enseñanza del Señor.

Es una lectura que no se queda en un estudio puro y simple de las últimas innovaciones exegéticas. Estas son importantes y debemos concederlas algún tiempo para acoger lo que el escritor sagrado ha querido decir. Pero lo que buscamos a continuación, es una apertura, en la Iglesia, a la comprensión espiritual de la Palabra, con fe despierta y humilde atención, “*con el mismo Espíritu que la ha hecho escribir*”⁴⁰.

Esta lectura acoge lo que es anunciado por los apóstoles y transmitido por la Iglesia: “*Porque la Vida eterna que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado, lo que hemos visto y oído se lo anunciamos también a ustedes para que vivan en*

³⁹ Pequeño tratado de teología espiritual, Michel Rondet, s.j., Bayard, 2005, p. 50

⁴⁰ Dei Verbum n° 12

comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. (1Jn. 1, 2-3)

La fe abre el oído del corazón a la escucha espiritual. Sin ella, los sentidos espirituales de nuestro ser permanecen cerrados al Verbo que se da para ser tocado y escuchado.

b. Una escucha que transfigura.

El tiempo de lectura seguido de la meditación prepara y deja, poco a poco, lugar al encuentro personal con Jesús.

Nuestro espíritu busca liberarse de una reflexión que, a la larga, termina por hacer mucho ruido, hasta el punto de no dejarnos verdaderamente oír, en la fe, la voz del Bien-amado.

Teresa de Ávila luchaba contra una concepción demasiado “espiritualista” de la oración. Estaba convencida de que debemos pasar por Cristo, el Verbo encarnado, para ir a Dios. Pero veía también los peligros de una espiritualidad que cae en la trampa de una inteligencia especulativa. Para ella, la inteligencia, siempre despierta, debe jugar un papel de sirvienta. Debe ponerse al servicio del encuentro personal con Cristo. Pues, pocas palabras hacen falta a Jesús para enseñar a un corazón que escucha.

“...No nos fatiguemos buscando siempre esto (meditar sobre las escenas del evangelio), quedémonos más bien cerca de Él, y hagamos silencio para escucharlo. Ocupémonos si es posible en contemplar a Aquel que nos mira, hagámosle compañía, hablémosle, deseémosle, humillémonos e impongamos silencio al entendimiento”⁴¹.

⁴¹ Teresa de Jesús, Autobiografía, 13, 22

Escuchemos bien este consejo. No significa que tengamos que prescindir de una escucha atenta de la Palabra, todo lo contrario. Pero de esta escucha silenciosa y activa, no recibiremos los frutos de paz y caridad, más que si abre nuestro corazón al diálogo personal con Jesús vivo. Toda *Lectio divina* debe conducirnos a esta intimidad transformadora.

2) La Eucaristía.

Después del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús dijo a la muchedumbre: *“Trabajen no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la vida eterna...”* (Jn. 6, 27). Y los judíos le preguntaron: *“¿Qué debemos hacer para hacer las obras de Dios?”* (Jn. 6, 28). Jesús les respondió: *“La obra de Dios es que ustedes crean en aquel que él ha enviado”* (Jn. 6, 29)

Sigue un diálogo sobre la calidad del pan de vida. Jesús responde: *“No es Moisés el que les dio el pan del cielo, sino mi Padre es quien se le da...”* (Jn. 6, 32). Después, a la petición: *“¡Señor, danos siempre de ese pan!”*, él responde: *“Yo soy el pan de Vida”* (Jn. 6, 35)... *“El pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo”*(Jn. 6, 51).

Ciertamente, *“¡esta Palabra es dura! ¿Quién puede escucharlo?”* (Jn.6, 60) se preguntaron muchos de sus discípulos. Y Jesús replicó: *“El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve. Las palabras que les dije son Espíritu y Vida”*. (Jn.6, 63)

Es en esta palabra en la que nuestra fe se apoya, para entrar en la contemplación del misterio de la Eucaristía. ¡Nuestros ojos no ven! ¡Nuestra inteligencia está oscurecida! Pero el Espíritu ilumina la mirada y la inteligencia del corazón

para que podamos reconocer la obra maravillosa de nuestra salvación.

El alimento que nos da Jesús, es su Cuerpo entregado y su Sangre derramada. La Eucaristía no tiene sentido hoy sino es porque Jesús ha dado su vida en la cruz. El Pan y el Vino se nos entregan como presencia de Cristo que se da por el mundo.

Tomando este alimento, comulgamos al Amor que nos salva y somos íntimamente asociados a su misión de Salvación. Con Él, damos nuestra vida por el mundo.

Jesús nos arrastra hacia esta inmensa obra de Amor por la que El ha venido al mundo. Nuestra consagración religiosa toma entonces todo su sentido. En Él, morimos por aquellos a quienes servimos, ofrecemos nuestra vida por la salvación del mundo.

Así, descubrimos que *“ser cristiano no es otra cosa que participar en el misterio de la Encarnación. Comiendo este pan único nos convertimos en ese mismo pan.”*⁴²

¿Qué tenemos que hacer cuando celebramos la Eucaristía cada día, en la Iglesia?

- *“Mirarnos en Jesús como en un espejo...dejarnos educar progresivamente por la disponibilidad del Hijo a la voluntad del Padre, por la acción del Espíritu”*⁴³
- Llevar a todos y a todas a los que este Amor quiere tocar y curar, y en primer lugar a los niños y jóvenes de los que somos los educadores.
- Dar nuestra vida por ellos. Ser en Él, cuerpo entregado y sangre derramada, por amor.

⁴² Hacer camino con Dios, José Ratzinger, Palabra y Silencio, p. 69

⁴³ Hno. José Antonio Obeso, circular 298 (Formación permanente)

- Si la celebración de la Eucaristía se realiza por la mañana, preparar nuestro corazón para comenzar nuestro trabajo apostólico “siguiendo a Jesús”, o por la tarde, llevando el trabajo diario, para que contenga en Él frutos de Salvación.

Después de un día de servicio a los hermanos y a los jóvenes, adorarle en su Cuerpo presente que se hace ver. Hacer la experiencia de los discípulos delante de Jesús transfigurado: “*Señor, qué bien estamos aquí*” (Mt. 17, 4)

3) *María.*

María ha dejado a la Palabra del Padre descender a ella y producir todo el fruto que él quería. Se ha dejado transformar hasta el punto de asemejarse a Aquel que ha engendrado con el poder del Espíritu. Ella es el fruto del Verbo. “*Este esplendor de conformación a la palabra es obra del Espíritu*”⁴⁴.

María es la que ha consentido al designio de Dios, a la Encarnación del Verbo, a la Redención. Todo su ser es un Sí a Dios. No hay en ella resistencia. ¡Se ofrece sin reserva!

“*El sí laboriosamente elaborado a lo largo de los siglos se ha hecho, en su boca, maravillosamente claro y desprovisto de reticencia*”⁴⁵.

María nos muestra, a nosotros Hermanos, que estamos llamados a una existencia transfigurada por el Verbo. En ella, contemplamos la imagen de su Hijo único, del que ella es el más seguro reflejo. Está tan cerca de Jesús que conoce las intenciones

⁴⁴ La Palabra y el Cuerpo, Régine de Charlat, Centurión, 1993, p. 88

⁴⁵ Elementos de doctrina cristiana, François Varillon, Tomo 1, p. 186

de su corazón. Ella nos dice en su nombre, como a los sirvientes de Caná: *“Hagan lo que Él les diga”*.

En ella encontramos la ayuda eficaz y cercana de la que tenemos necesidad para nuestro camino. Colocar a María ante nuestros ojos, rezarla a menudo, tener para con ella un amor filial, es un camino de gracia para ser más plenamente de Dios sólo. Presentar María a los jóvenes, a los laicos, y mostrarles las gracias que pueden recibir de ella, es un maravilloso regalo que les podemos ofrecer.

*“Que su nombre esté siempre en tus labios, que no se aparte de tu corazón, y, para obtener el sufragio de sus oraciones, no dejes de imitar su vida...; si piensas en ella, nunca te extraviarás ..., si ella te guía, no habrá ya fatiga,”*⁴⁶ nos dice San Bernardo.

María es para nosotros la más bella, la más alta realización de “la imitación de Jesucristo”. Su Asunción señala en ella el cumplimiento en Dios, de una vida plenamente conforme al Verbo, a la Palabra Encarnada, a Aquel de quien es la madre y por quien es salvada. En cuerpo y alma se parece a Jesús.

Nuestra vocación de bautizados, a lo que estamos llamados de modo especial por nuestra vocación de Hermanos, aquello a que estamos enviados a proclamar a los niños y jóvenes, es María quien lo realiza en su ser plenamente.

Contemplantola, es mirar hacia el Autor de nuestra salvación y esperar en la fe que seamos nosotros también transformados en la gloria de su Hijo único.

“La santidad ejemplar de la Virgen conduce a los fieles a levantar sus ojos hacia María (...) Es imposible honrar a la

⁴⁶ San Bernardo de Claraval, Sermón 2, n° 17, ed. J.Leclecq, 1966 p.34-35

“Llena de gracia”, sin honrar en sí mismo... la amistad con Dios, la comunión con Él, la presencia interior del Espíritu. Esta gracia divina reviste a todo hombre y le hace conforme a la imagen del Hijo de Dios. Ella, la Mujer nueva, está al lado de Cristo, el Hombre nuevo, cuyo único misterio pone a la luz el misterio del hombre”⁴⁷

Amemos pues, rezar a María sencillamente por medio del rosario, oración de los sencillos, oración de los niños.

Entreguémonos a ella para que tome nuestra vida y la ofrezca a Jesús.

De esta manera, imitaremos a nuestro P. Fundador que tenía una gran devoción a María, profundamente convencido de la verdad de estas palabras del P. Clorivière: *“Sin María uno no tiene más que imperfectamente el espíritu y los sentimientos de Jesucristo”⁴⁸*.

⁴⁷ Pablo VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, marzo 1974, n° 257

⁴⁸ *Espiritualidad de un hombre de acción*, F. Philippe Friot, p. 229

VI - Conclusión.

Al final de esta carta conviene releer el pasaje de Vita Consecrata sobre el que ha girado:

*“Llamados a contemplar el rostro transfigurado de Cristo y a ser sus testigos, los consagrados están también llamados a una existencia “transfigurada” (...) No es casualidad que un tan gran número de consagrados han dejado, a lo largo de los siglos, testimonios elocuentes de santidad y que han llevado adelante muchas iniciativas de evangelización y de servicio particularmente generosas y exigentes.(...) Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las condiciones más difíciles”.*⁴⁹

No me queda más que invitar a cada uno de los Hermanos y al conjunto de la Congregación a emprender el camino de la contemplación del rostro transfigurado del Señor, este rostro reconocido en los niños, descubierto en los más necesitados de entre ellos.

⁴⁹ V.C. 35

Este camino de contemplación es una apertura a una profunda y fructífera conversión. Mirando a Jesús es como uno se deja configurar a su semejanza. Toda acción es estéril si no se ha madurado y decidido en la escucha silenciosa y orante del Espíritu, y vivido en comunidad en la obediencia.

Hermanos, decidámonos a contemplar sin cansarnos la luz del Hijo bien-amado del Padre. Creceremos entonces en amor y santidad. Descubriremos los nuevos campos que el Señor nos invita a abrir para que los niños sean educados y evangelizados. No tengamos miedo de tomar las decisiones “generosas y exigentes” que nos inspire el Espíritu.

Y, estemos seguros de que los jóvenes se unirán a nosotros. Pues el mismo Señor que nos llama a la conversión y al que responderemos con audacia, los invitará a unirse a nosotros para que otros jóvenes sean salvados.

“Dejemos todo, vayamos a Jesús”

Hermano Yannick Houssay s.g.

El 8 de diciembre 2006.

*En la fiesta de la Inmaculada
Concepción de la Virgen María*